

La vida interna de las haciendas

Salvador Rueda Smithers*

Emma Rivas Mata y Edgar Omar Gutiérrez, *Cartas de las haciendas. Joaquín García Icazbalceta escribe a su hijo Luis. 1877-1894*, México, INAH, 2013, 660 pp.

Atinadamente, la invitación que nos hace este libro a la lectura de las cartas de Joaquín García Icazbalceta a su hijo Luis inicia con la imagen de la portada. Ilustra una escena costumbrista al óleo del conocido pintor mexicano Tiburcio Sánchez. El título de la pintura es también una descripción inequívoca de la composición: *Don Joaquín García Icazbalceta con su hijo Luis en el tianguis de Jonacatepec, Morelos*. No un instante en la historia, sino un día común en la biografía de un hombre. El óleo está fechado en 1895, el año siguiente de la muerte del polígrafo y empresario cañero Joaquín García Icazbalceta, ocurrida en noviembre de 1894. Es lícita una conjetura: es posible entonces que este detalle cronológico proponga una descripción más íntima y casi secreta: es una escena que ocurre en los estratos de la desdi-

cha. Conjurarla y explicitarla era su función. Sánchez era muy conocido por la buena mano en sus retratos (en un abanico que recorrió a Juárez y los liberales republicanos hasta los conservadores) y los paisajes bucólicos; menos frecuentes fueron sus escenas de vida cotidiana pueblerina, como la tela que ahora sirve de preámbulo y jeroglífico en este espléndido libro de Emma Rivas y Edgar Omar Gutiérrez.

Aunque costumbrista, la obra de Sánchez es en realidad un retrato. La fisonomía de don Joaquín García Icazbalceta es fácilmente identificable porque los rasgos de su cara debieron ser tomados de la fotografía que a su vez sirvió de modelo al retrato que se resguarda en el Castillo de Chapultepec —como anónimo, aunque probablemente del mismo Tiburcio Sánchez. Este último retrato al óleo, al parecer, fue parte de una serie de media docena más muy similares de historiadores e intelectuales del último tramo del siglo (como el de Francisco del Paso y Troncoso o Manuel Orozco y Berra), admirables fundamentos de la historiografía mexicana por ser descubridores de la historia y de los cronistas del siglo XVI. La pintura en el tianguis morelense, prueba del excelente manejo del dibujo de Sán-

chez —habilidad que para entonces dejaba de ser esencial entre los pintores, en un instante en el que los gustos comenzaban su revolución moderna con el impresionismo—, es de la colección de uno de los descendientes de García Icazbalceta, Carlos Bernal Vereza.

En mi opinión, es posible que esta pintura repitiera la antigua fórmula de relación entre el comitente y el artista: al comitente le correspondía “inventar las imágenes”, es decir, la disposición de las figuras, mientras que “al pintor únicamente poner en práctica el *ars*, es decir, los procedimientos técnicos que permiten fabricarlas correctamente”, según rezaba una interesante frase de Georges DUBY sobre los modos del arte cristiano. En este sentido, la composición no fue imaginada por el pintor sino por quien pagó la obra. Su función, también a la antigua manera del arte occidental, sería la de conmemorar a un gran hombre, la de fijar la representación de alguien que falleció; de ahí la postura, el gesto, el momento y lugar sin que dejara dudas a quien lo viera (o mejor, leyera detenidamente las imágenes). Ello explicaría que se retratase a don Joaquín García Icazbalceta como figura central, siempre pulcro,

* Museo Nacional de Historia-INAH, Castillo de Chapultepec.

vestido con el traje ligero que con seguridad usaría en sus estancias de invierno en la tierra caliente del estado de Morelos, tocado con un sombrero de copa alta y ala corta, en una postura característica al caminar (pasos amplios y largos, con los pies ligeramente abiertos y los brazos cruzados hacia atrás), postura que tal vez no miró el pintor nunca sino que debió ser dictada por la memoria de un testigo atento y meticuloso. Tampoco resultaría casual que la escena en movimiento pareciera salir de una fotografía —o tal vez de varias. Esta memoria, narrativa y visual, con toda probabilidad, era la del comitente de la pintura, su hijo Luis García Pimentel.

Como dictaba el buen gusto y la ordenanza de la composición, el comitente aparece también de manera tópica: discreto, en segundo plano, mirando hacia el frente pero sin interpelar de manera directa al observador de la escena. La figura del comitente es, además, difusa, y contrasta con los trazos decididos del retrato central; no por un prurito sin significado del habilidoso pintor Sánchez, sino porque posiblemente así lo pidió Luis García Pimentel, el de aparecer simbólicamente en una escena que no presencié. Este paseo con su padre era el homenaje póstumo de un hijo desolado. Tal fue el enigma encerrado en la pintura, su función esencial. Así, el homenaje de la memoria atestigua una apacible caminata en algún domingo de la época de moliendas de 1894, durante la última estancia de trabajo de don Joaquín en sus haciendas de Santa Clara y Tenango.

La habilidad de Sánchez era inobjetable en sus más escrupulosos detalles. Así que es posible, también, imaginar la hora. Las sombras alargadas hacia la parte de atrás de las figuras o las de los maderos sobre el comprador de fruta y en el traje gris claro de don Joaquín señalan que los hombres caminan de frente al sol, por la mañana, cuando los tianguis dominicales morelenses bullían antes de amortecer por el calor del medio día. También es seguro pensar que no eran las épocas más hostiles por sus calores para el disfrute de la vida rural en la región de la caña sureña. Pero ese conocimiento es indirecto: lo sabemos por las cartas que el disciplinado empresario azucarero don Joaquín envió a su hijo Luis desde las fincas del oriente morelense, fechadas entre enero y marzo de 1877 y 1894. De hecho, el retrato de un Joaquín García Icazbalceta maduro —como en la fotografía que reprodujo Victoriano Agüeros al despuntar el siglo XX, cuando publicó las *Obras* en varios tomos del polígrafo, y el óleo del Castillo de Chapultepec—y el joven adulto Luis García Pimentel dirige la lectura memoriosa hacia el recuerdo de cuando revisó el trabajo del hijo aprendiz de empresario en las haciendas cañeras en enero de 1894 —cuando Luis ya estaba en la ciudad de México, haciéndose cargo de las labores administrativas a las que llamaban “escritorio”.

Y son estos vestigios los que, a poco más de un siglo de distancia, permiten reconstruir la vida en las haciendas de García Icazbalceta a través de su propia perspectiva,

exactamente en el último umbral de su historia porfiriana, momentos antes de que pasaran a ser propiedad de Luis García Pimentel y una década antes del políticamente costoso ensayo de “utopía hacendada” —para usar la frase de John Womack— organizada por los liberales porfirianos a los que don Luis ciertamente nunca fue muy adicto. La dificultad para leer este óleo no se debe atribuir sólo a la ronda generacional y a los cambios en los gustos estéticos. Tal vez la causa recaiga con mayor contundencia en nuestra ignorancia de lo que fueron y pensaron los hacendados del porfirismo. Este libro, estupendamente editado por el INAH, ajusta las cuentas con esa nuestra ausencia de saber sobre el soplo vital de las haciendas —y de sus dueños.

Sabemos que don Joaquín García Icazbalceta era un hombre de letras. Su enorme producción escrita apabulla aun a los modernos. Tanto así, que distrae uno de sus perfiles más fascinantes: el de ser hombre cargado de energía creadora, conservador en sus ideales políticos pero asombrosamente audaz en lo que respecta a su papel de descubridor de horizontes insospechados para la modernidad —como empresario y como intelectual. Los abundantes bocetos y estudios biobibliográficos y el mismo repertorio historiográfico de García Icazbalceta como ensayista e historiador, engañan a primera vista. Engañan porque esconden esta otra faceta, tal vez la que en realidad más preocupó al escrupuloso don Joaquín: la del empresario atento y disciplinado, la del exitoso organizador de producciones y comercio de azúca-

res, la del competente y competitivo hombre de negocios apodado “El Tigre” por sus familiares, dedicado en cuerpo y alma a la actividad que le permitía “las calaveradas literarias”—como sabemos que llamó a su esencial obra de intelectual. Pero resalta sobre todo la del educador de un hijo que tendría la enorme responsabilidad de ser buen católico y no dilapidar la fortuna ganada con años de cuidados, escrúpulos y no pocas penalidades. Y este diferente y asombroso perfil no desdibuja la imagen establecida sino que la refuerza: muchas más horas de las que se habrían supuesto de escritura en buena prosa invertía diariamente don Joaquín. Simplemente, el total de las cartas redactadas por el polígrafo a lo largo de 44 años cifran seis millares —según se informa en el estudio introductorio de este libro—, número que debería quitar el aliento. La extensión de cada carta, como podrá constatar el lector, delinea la inconmensurable fuerza de las palabras en el ánimo de don Joaquín.

Esta compilación de cartas que nos ofrecen Emma Rivas y Edgar Omar Gutiérrez, explicada con una pertinente y puntual nota introductoria y un índice onomástico, es en sí misma una historia de la educación y de la vida interior de las haciendas. Este doble asunto se descubre en cada pasaje de los 333 documentos que se abren en el compás cronológico de media vida de don Joaquín, entre 1877 y 1894, año de su muerte, y de Luis García Pimentel, amante de la fotografía y futuro empresario. Su intención es didáctica: es pedagogía empresarial que recorre la formación del

carácter del futuro responsable de la empresa, hasta la disciplina cotidiana y la visión del espectro administrativo que enlaza la producción, distribución y el mercado de la entonces pujante industria del azúcar. Contra vientos tempestuosos, esta manera de educar directamente mostró su eficacia, con su epistemología implícita en ideas políticas, en el pragmatismo de productor y comerciante, y en la ética del buen católico.

Los poco más de tres centenares de cartas escritas a lo largo de 27 años son, al decir de los historiadores Rivas y Gutiérrez, útiles para el “estudio de los empresarios, del comercio, de la agricultura, de la industria del azúcar y sus derivados, del transporte, de los conflictos de tierras y agua con los pueblos aledaños a las haciendas, del fomento a las escuelas católicas en contraposición a la instrucción pública, de cuestiones políticas también relativas a libros”. Horizonte, en fin, de la vida cotidiana de una amplia familia conservadora en el mediodía porfiriano. Lo que se descubre en el repaso de estas cartas llama la atención: se trata del distinto nudo de las preocupaciones empresariales, así como la discreción de los corresponsales don Joaquín y su hijo Luis, para no revolver en sus mensajes la multitud de actividades que los ocupaban. Así por ejemplo, los pasajes que tienen como tema central el desarrollo cotidiano de la transformación de cañas en mieles y de ahí en azúcares se liga a la de la calidad de los productos a la venta; lo mismo aquello que relata, paso a paso, la

audacia al decidir sobre las compras de herramientas y máquinas en el proceso de transformación de los viejos ingenios en industrias pujantes y sin horas muertas. Baste señalar, a manera de ejemplo, los comentarios sobre el tendido de líneas y el uso del tren de vía angosta o de mulas del sistema Decauville, versátil medio para transportar caña desde los campos del corte hasta las puertas del trapiche, y de ahí a los depósitos de melazas y propiamente a la fábrica de azúcares y sus derivados. Este trabajo pionero gracias a la visión de don Joaquín comenzó en la hacienda de Tenango hacia 1878 —tres años después, apenas, de la invención del sistema en Francia. En esos años también se estableció el sistema de báscula para medir la caña que entraba al ingenio, lo que resultaba en el monto a ganar por los campesinos cortadores. Fue otro momento de crisis. El historiador francés Emmanuel Le Roy Ladurie repitió una afirmación de Marc Bloch —insospechable de cualquier conservadurismo— sobre el hecho de que “la revuelta rústica de antaño era un medio de lucha tan banal como lo es hoy la huelga obrera”. Este caso puede no ser similar, aunque con seguridad sí fue síntoma del cambio de los tiempos. Los campesinos desconfiados de la modernización de las pesas y medidas pararon el corte y transporte de la caña en una suerte de desobediencia civil; es posible que anunciara ya el nacimiento de un nuevo tipo de relación, que para su atadura requirió de la negociación política, de la

comprobación de las palabras con los hechos, y la del beneficio mutuo palpable. Al resolverse este capítulo de la tecnificación de las haciendas se inició la vida moderna de la sociedad morelense, esa que explica tanto la bonanza hacendada hasta el extremo de la ilusión en 1910, como la parte más creativa del zapatismo, que echó a andar las haciendas en 1914 y propuso un modelo de república inédito —y a la larga tan fantástico e improbable como el de la “utopía hacendada”— del gobernador Pablo Escandón, y ambas infinitamente menos terribles que la propuesta de Victoriano Huerta de “despoblar” Morelos para repoblarlo con campesinos importados en 1913, política a la que se opusieron los descendientes de Luis García Pimentel.

Los tiempos que recorren estas cartas prueban que no hay bonanzas fáciles. No eran fechas propicias para despreocuparse. Poco después de la fundación del estado de Morelos como entidad federativa, las pugnas políticas y los discursos descalificadores entre propietarios de haciendas y caudillos locales cargaban una guerra de declaraciones que crispó los ánimos. Así, por ejemplo, entre 1873 y 1877, los periódicos llevaron las disputas a los escritorios y a los pasillos de quienes sabían leer. Y entre los editores del periódico *La Voz de Morelos* se apuntó don Joaquín, opositor del caudillo y general Francisco Leyva. Entre los asuntos que pugnaban por cambiar estaba el muy espinoso de los impuestos, gravosos para las haciendas desde tiempos de Santa Anna.

Es verdad que la historia de las haciendas morelenses se partió con la Revolución. Fue el momento en el que los pliegos de agravios, reales y simplemente discursivos, reventaron las tensiones sociales. Pero un repaso al esbozo biográfico que nos ofrecen Emma Rivas y Edgar Omar Gutiérrez desmienten no su severidad pero sí su singularidad. Pues lo real es que esta historia hacendada se partió varias veces y se reconstituyó otras tantas, producto siempre de los desajustes políticos iniciados en el siglo XVIII —cuando las antiguas haciendas jesuitas fueron confiscadas y vendidas, junto con sus deudas, hipotecas, tierras arrendadas y problemas con los pueblos campesinos, a los futuros empresarios cañeros. Buena parte de la biografía vista a través de la correspondencia de don Joaquín García Icazbalceta da cuenta de esa multitud de quebrantos, desde los de la Guerra de Reforma —cuando José Mariano García Icazbalceta fue apresado y recluido en la cárcel de Santiago Tlatelolco en 1862— hasta los del sufrimiento por los bandidos que asolaron los caminos de la Tierra Caliente casi toda la segunda mitad del siglo XIX, antes de ser exterminados por el gobierno porfiriano. Bandidos reales, muy alejados del prototipo literario romántico en el que la brutalidad se compensaba con la sensibilidad sufridora; los bandidos de Morelos eran bandidos sin honor.

También es posible adivinar la vecindad de otros conservadores. Entre ellos —y es de suponer que estuvieron de acuerdo en más de una opinión— el cuñado de don

Joaquín, el lúcido fisiócrata Francisco Pimentel, conde de Heras y Soto, conservador de ideas liberales que tocaban el radicalismo. Arqueólogo, lingüista, historiador y escritor, miembro de varias sociedades científicas y literarias de Europa y América, comisionado en uno de los proyectos culturales del Imperio, lector de Polibio —considerado entonces maestro clásico de la política— y miembro del grupo de “notables” mexicanos, Pimentel llegó a censurar con apasionamiento alguna decisión de Maximiliano y, sin mayores trámites, darla a la prensa. Analizaba su entorno con la mirada de un fisiócrata moderno: las querellas planteadas por los pueblos indígenas, con o sin razones, eran antieconómicas pero sí un importante y peligroso capital político para quien requiriese atacar a los hacendados. Desde 1850, luego de los sucesos violentos de un conflicto por aguas entre un pueblo y la hacienda de Dolores, y de su efecto, algunos años después, que llevó a los asesinatos en las haciendas Chiconcuac y San Vicente —y al manejo desconsiderado en el Tratado Mon-Almonte—, parecía que las haciendas se disolverían en multitud de pequeñas y poco rentables rancherías. No fue así: subsistieron las haciendas, lo mismo que los pueblos, con dos racionalidades diferentes. La “usurpación de terrenos”, decía el liberal hacendado Pimentel, era una situación cotidiana e inconveniente que había creado desconfianza entre los dueños de fincas rústicas y sus trabajadores. Por lo mismo, el “deslinde de las haciendas daría, pues, entre

nosotros el resultado que todas las leyes agrarias, es decir, el disgusto, los disturbios y el odio a la autoridad”. Adelantando una opinión corriente una década y media después, Pimentel sentó las bases discursivas para el desarrollo económico nacional desde la perspectiva de los propietarios de las haciendas; sus argumentos, dichos el mismo año que Maximiliano llegó a México —y quizá mensaje al monarca sobre el deber ser de su futuro comportamiento en política económica—, fueron repetidos durante el despegue modernizador porfiriano a partir de 1876. Pero el motor industrial de las haciendas funcionaba con algo más que palabras claras y voluntades políticas. Había que ser pragmático. Es ahí donde entra a escena don Joaquín García Icazbalceta.

Este último y vital punto, el saber hacendado, fue desplazado del conocimiento de la historia después de la Revolución. Desafortunadamente, no importaba el punto de vista de los hacendados sobre sus propiedades, a excepción de sus respuestas en los momentos de crisis. Se les dibujó con toda parcialidad como indeseados habitantes del corazón de las tinieblas, causantes detestables de todas las desgracias sociales. Pero en realidad, y para nuestro infortunado camino hacia el conocimiento cabal del pasado, esta mala idea mutiló la mitad de la historia. Y es que las haciendas, unidades de producción exitosas y en buena parte autosuficientes, no sólo fueron fuente de

desgracias proletarias. También fueron dinamos del crecimiento económico. Tan lo eran, que el conflicto real con los zapatistas no radicó solamente en la propiedad de las tierras sino también en el destino de la producción de caña que los mismos pueblos campesinos buscaron acoplar al ritmo hacendado. La superficialidad en buena parte de las explicaciones de la relación haciendas-pueblos campesinos ha empañado el conocimiento de la verdad —valor tan caro a Joaquín García Icazbalceta en todos los órdenes de su existencia. Así que una doble ignorancia queda por fin clausurada con la lectura de estas *Cartas de las haciendas*: la ignorancia sobre el funcionamiento de las haciendas como empresas con una racionalidad económica competitiva y no pocas veces desafiadas por el hostil mundo del mercado, y la del enérgico don Joaquín García Icazbalceta, quien dedicó más tiempo de su vida a ser un buen empresario que a las agradecibles e imprescindibles ediciones de los cronistas como fray Jerónimo de Mendieta, el rescate y compilación de papeles sueltos de contenido histórico (los Documentos Históricos Mexicanos), sus pesquisas en torno a Motolinía o al ya clásico estudio biográfico de fray Juan de Zumárraga. Tal tarea esclarecedora es la que se propusieron hace ya unos años Emma Rivas y Edgar Omar Gutiérrez con la serie de libros publicados en torno a don Joaquín, del que este voluminoso tomo es un imprescindible eslabón.

Quien quiera buscar sólo vida política en esta correspondencia tendrá que leer entre líneas. No era su propósito. El conjunto de las cartas llegan a formar un *corpus* didáctico ejemplar. Al decir de los historiadores que ahora las ponen en nuestras manos logran armar un “detallado y preciso instructivo práctico y moral para el manejo de las haciendas”. Y la cuidadosa edición no escatimó exactitud: en cada palabra, salpicando los párrafos de los manuscritos originales, en su lugar, se insertan algunos dibujos de algún río o un puente, siempre para ilustrarle al hijo las posibilidades de la ingeniería para poner a la naturaleza en favor de la producción. Finalmente, no queda más que admirar la fuerza personal de don Joaquín García Icazbalceta. Lo podremos hacer, a partir de este libro de Emma Rivas y Edgar Omar Gutiérrez, desde una posición privilegiada: como si pudiésemos completar el óleo de Tiburcio Sánchez y pararnos detrás del hombro de Luis García Pimentel para ver a su admirable padre; nos sumamos a la escena e imaginamos estar ahí, en el tianguis dominical de Jonacatepec. Atestiguamos el paso de ese hombre enérgico y honrado, ajeno a las coartadas de la pereza y la falsedad, y aprendemos de él cómo debían manejarse las haciendas cañeras sin descuidar ni un solo rincón del resto de nuestras acciones. Eso vemos en las *Cartas de las haciendas*; sus ecos no admiten pretextos para escurrirse de buscar y decir la verdad.